

NIETZSCHE: ¿LA SOMBRA DE FREUD?¹

Carlos A. Crisanto*

Soy luz; ¡ah si fuese de noche! Pero el estar rodeado de luz es mi soledad.

¡Ay, por qué no seré sombra y tinieblas! ¡Cómo me abrevaría entonces en los senos de la luz!

...Pero vivo en mi propia luz y bebo las llamas que de mí se escapan.

(Federico Nietzsche. *Así habló Zaratustra*)

Este es un trabajo introductorio sobre la relación entre Nietzsche y Freud, tema que ha interesado a un buen número de autores. No creo que alguien niegue esta relación. Lo que sí ha estado siempre en debate ha sido la naturaleza de la relación, la influencia que puede haber habido entre uno y otro, y cuál ha sido la naturaleza de esta influencia, en especial la de Nietzsche sobre Freud. Nietzsche fue doce años mayor que Freud, pues había nacido en el año 1844, mientras que Freud nació en el año 1856. Hay algunas noticias sobre la posibilidad de que Freud hubiera leído a Nietzsche en su temprana juventud mientras realizaba sus estudios de Medicina en Viena, pero lo que sí parece estar fuera de toda duda es que Freud nunca hizo un estudio sistemático de la obra de Nietzsche, y que leyó sólo partes de ésta.

Nietzsche nació en Röcken, una pobre aldea cuyas casuchas se levantaban sobre una vasta llanura, en los confines de Prusia y Sajonia, fue el primogénito de una pareja, donde el padre, pastor luterano, provenía a su vez de otra generación de pastores. Le seguía por un año un hermano, Joseph, y por cuatro años

1 Texto completo de la ponencia presentada en el XIV Congreso Peruano de Psicoanálisis: "Vínculos y Soledades". Setiembre, 2015. Lima, Perú.

* Psicoanalista con función didáctica de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Miembro Honorario de la SPP. Ex-Fellow in Psychiatry and Psychoanalysis of the Department of Psychiatry, Toronto University, Canada. Ex-Profesor Contratado en Psicoterapia y Psicoanálisis —individual y grupal— por el Departamento de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú (1975-95). <ccrisan30@gmail.com>

una hermana, Lisbeth. El padre era un hombre recto, serio pero noble de sentimientos, que moriría accidentalmente por una caída, cuando Friedrich tenía 5 años de edad. Este fue un golpe muy duro para Nietzsche, puesto que admiraba y amaba profundamente a su padre. Una serie de recuerdos y añoranzas habrían de acompañarlo por el resto de su vida, incluyendo sueños que han servido para intentar psicoanalizar la psicopatología que habría de atacar a Nietzsche entre 1888-89 cuando tenía 44-45 años de edad. El hermano fallece un año después que el padre.

La familia se muda a una ciudad cercana, Naumburg-sur-Saale, cerca de Leipzig, donde pronto se adaptarían. Fueron a vivir con ellos la madre y una hermana del padre, motivo por el cual el pequeño Nietzsche se quedaría en un ambiente de mujeres, incluyendo a la hermana Lisbeth. Tal vez esto pudiera tener algo que ver con su timidez, sobre todo en su relación con las mujeres. En la Escuela fue un niño muy destacado y brillante, tanto así que los profesores aconsejaron a la madre que lo trasladaran a un instituto superior. La madre vaciló, por no separarse de su hijo, pero al final fue enviado a Pforta con una beca otorgada por el Rey Luis II. Pforta era un antiguo instituto donde la educación era bastante amplia y profunda. Allí Nietzsche se instruyó en el hebreo, el griego antiguo y el latín. Se estudiaba a los clásicos y a los románticos: sus lecturas incluían a Schiller, Holderlin, Byron, entre otros, siendo su preferido Holderlin. Escribe prosa y poesía, aprende música y toca el piano, llegando a hacerlo con cierta destreza, lo cual le permite componer y tocar variaciones, aparte de su gusto por Beethoven, Schumann, Mozart y por Schubert principalmente. La religión era también muy importante y Nietzsche devino en un cristiano devoto y un chico de mucha fe en Dios. Como se ve, esto último contrasta flagrantemente con lo que sería la esencia de su pensamiento filosófico en los años de su madurez, cuando reniega de Dios y de la cristiandad.

Dando muestras de su precocidad escribe, a los catorce años de edad, una historia de su niñez que ha llegado a nuestros días con el nombre de *Pequeña Autobiografía*. Relata las inquietudes intelectuales de esos tiempos, como por ejemplo la de tomar una decisión sobre qué estudiar una vez terminada su estadía en Pforta. A los doce años había escrito su primer trabajo de filosofía: *Sobre el origen del Mal*. Al cumplir los quince años anotó en su cuaderno: *Me siento completamente poseído por una sed de conocimiento, por un ansia de formación universal* (Safranski, 2000, p. 382) y escribe un pequeño tratado *Destino e Historia*. De esta época datan abundantes composiciones musicales. A los 20 años de edad y estando todavía en la Escuela de Pforta escribe su primer gran

trabajo de filología clásica sobre Teognis. Recibe un extraordinario elogio de parte de sus profesores pero él mismo se declara insatisfecho. En 1865, a los 21 años de edad, se niega a comulgar. Se aleja de la Asociación Estudiantil Franconia por la afición al “materialismo de la cerveza” que predominaba en ella. Ingresa a la Universidad de Bonn donde sus inquietudes, dudas y vacilaciones dispersan su pensamiento y es así que abandona la Teología que había elegido en un principio. No le gusta la filosofía académica, por lo cual se crea —él mismo— ejercicios para mantener su mente en disposición al estudio. Tampoco se interesa por las ciencias positivas. Halévy (1943/2000) nos dice:

Él era poeta y como tal necesitaba lirismo, intuición y misterio; no podía contentarse con el mundo claro y frío de la ciencia... concebía la belleza, la virtud, la fuerza y el heroísmo como entes deseables y los quería para sí mismo... (p.33).

El ambiente, sobre todo el estudiantil, no terminan de agradarle y al final de su primer año decide irse, optando por la Universidad de Leipzig como próximo paso en sus estudios (lugar a donde se había marchado también su muy apreciado profesor Ritschl).

En medio de todo este desasosiego —Nietzsche era un descontento e insatisfecho crónico— se encuentra en una librería un libro de un autor desconocido por él hasta ese momento —Arthur Schopenhauer— y quedando muy impresionado y conmovido por las ideas del autor se devora el libro (*El Mundo como Voluntad y Representación*) en muy pocos días. Le llama la atención la similitud de sus ideas con las que habían venido brotándole poco a poco en su propia mente. Considera que por fin ha encontrado a un maestro a quien seguir; más aún la palabra “padre” se le viene a la mente, llenando así un vacío que consideraba no habría de llenar jamás. Pero el destino le había jugado una mala pasada: Schopenhauer había fallecido seis años antes. Ya no tendría la ocasión de hablar con él, y menos de hacerlo cara a cara. Sin embargo habrá de ser para él un guía. Le critica sólo su pesimismo, pero reconoce que hay tal fuerza en sus sentimientos que no pueden sino significar “vida”. Aquí vemos un punto de enlace entre estos dos genios: la importancia que le dan a la vida en sí y a todas sus pulsiones. Nos cuenta Halévy que Nietzsche escribe: *Tres cosas me sirven de consuelo —lo hace en abril de 1866— (contaba entonces con veintidós años de edad), ¡raros consuelos! Mi Schopenhauer, la música de Schumann y finalmente mis paseos solitarios* (2000, p. 39). Nietzsche fue un gran amante de los paseos solitarios. Los hacía muy frecuentemente y por largas horas del día. Le

encantaba sobre todo caminar a lo largo de los hermosos bosques de Alemania y subir y bajar colinas en el campo. También escalar las grandes alturas de los Alpes y deleitarse con la visión de los picos nevados y congelados, mezclados con las grandes rocas y los abismos inmensos y profundos; abismos que habrían de constituir para él representantes de la hondura de la vida y su tenebrosidad y misterio.

Su visión amplia del horizonte —su “mirada de águila”, como el diría— era también algo que lo deleitaba. Tanta era su felicidad en estos paseos que los haría muchas veces al trote, bailando, cantando y danzando —como diría él— porque la danza se constituiría para Nietzsche en una de las mayores expresiones del arte porque se hacía con toda la mente y el cuerpo, es decir con la totalidad de la persona. Nunca en su vida dejó de hacer estos paseos, los cuales muchas veces, sino todas, se tornaban en fuentes de inspiración para sus ideas filosóficas. Esto no quiere decir que no gozara también de los paseos por el campo, en compañía de sus amigos, tanto hombres como mujeres y siempre charlando sobre filosofía, literatura y arte.

Ayer, una pesada tormenta se acumulaba en el cielo; me apresuro hacia una colina vecina... La tempestad estalla en toda su fuerza con rayos y granizo y yo me siento inexpresablemente bien, lleno de fuerza y de ímpetu y comprendo con una claridad soberana que para entender la naturaleza, es preciso, como acabo de hacerlo, haberse dirigido a ella huyendo de los cuidados y preocupaciones cotidianas. ¡Qué me importaba entonces el hombre y su turbia voluntad! ¡Qué me importaba el eterno “Tú debes”, “Tú no debes” (se refiere a Kant). ¡Cuán diferentes el rayo, la tempestad, el granizo: poderes libres y sin éticas! ¡Qué felices, qué fuertes estas voluntades puras que el espíritu no ha enturbiado! (citado por Hálevy, p. 39).

Aquí puede verse muy claro ya, lo que será el destino de este hombre: hecho uno con la naturaleza es capaz de sentirla como si fuera suya, parte integrante de su ser; se identifica con ella y le da un rango superior al hombre, criatura de ese mundo que lo sobrepasa. Este habrá de ser un rasgo, sino “el” rasgo que lo caracterizará por el resto de su vida, que la dirigirá y llenará, ple-tórico, la riqueza de su pensamiento y de su espíritu. Está naciente el Nietzsche que en las décadas posteriores —hasta sus cuarentas— habrá de desarrollar y completar una de las filosofías más importantes de los tiempos modernos (siglos XIX y XX). Safranski (2001) citará sus palabras:

La necesidad de autoconocimiento, de profundizar en mi propio interior se apoderó de mí violentamente; las nerviosas y melancólicas páginas de mi Diario son todavía para mí los testigos de aquel cambio repentino, de aquella época con sus autocríticas carentes de remedio y la consternada mirada hacia la salvación y hacia la realización del núcleo de la totalidad del hombre (p. 384).

A los 23 años y aún en Leipzig realiza una investigación sobre Diógenes Laercio, la cual es premiada por la Universidad. Se despierta en él la voluntad de alcanzar un estilo propio.

No es que Nietzsche estuviera desconectado de las cosas del hombre común, de lo civil, de lo histórico y político. Por ejemplo se llenó de orgullo y de gozo al saber el resultado de la contienda entre Austria y Prusia. Admiraba a los buenos y poderosos líderes que habían llevado a Prusia a la victoria, pero se encontraba insatisfecho con el hecho de que París continuara siendo el centro de Europa y pensaba que algo tenía que hacerse para que Alemania superase a Francia en algún momento. Cabe aquí consignar, por adelantado, que años más tarde cambiaría de opinión con respecto a Alemania y con todo lo que tuviese que ver con Alemania, siendo su opinión muy negativa. Halévy (2000) lo explicará:

El segundo año que (Nietzsche) pasa en Leipzig es tal vez el más feliz de su vida. Goza plenamente de la seguridad intelectual que el dominio de Schopenhauer le garantiza. “Me pides una apología de Schopenhauer? —escribe a su amigo Deussen— te diré simplemente esto: contemplo la vida frente a frente, con valor y libertad, desde que mis pies han encontrado un suelo firme. ‘Las aguas de la turbación’, para expresarme en imágenes, no me apartan de mi camino, pues no me cubren la cabeza; me siento en terreno propio en estas regiones oscuras”... Su entusiasmo no tiene ya otros objetos que el arte, el pensamiento y el estudio del genio antiguo... una preocupación de belleza lo ocupa por entero... “No quiero escribir a la manera de los eruditos, que desconocen el sabor de las palabras y el equilibrio de las frases. Quiero escribir en el sentido difícil y clásico de la palabra... Ante todo, deseo aprisionar en mi espíritu algunos alegres espíritus; me aplicaré a esto como me aplico a mi teclado, deseando tocar al fin, no solamente trozos aprendidos, sino también libres fantasías, libres hasta donde sea posible, aunque siempre lógicas y bellas” (pp. 41-43).

Es necesario recordar su gran disposición a hacer amistades, puesto que más tarde, habiendo dejado ya Leipzig, se tornará en un eterno caminante, mayor-

mente solitario, que mantendrá contactos con amigos, pero principalmente por carta.

Había aparecido ya, en el horizonte alemán, un hombre más que discutible, un nuevo genio: Richard Wagner, tumultuoso, poeta, compositor, publicista y filósofo. Nietzsche oyó hablar de él y pronto se interesó en conocerlo. Fue a escuchar *Tristán e Isolda* y quedó impresionado. Halévy (2000) nos dice:

¿Qué clase de hombre era Richard Wagner? ¿Un desequilibrado, un genio? No se sabía a punto fijo y Nietzsche permaneció largo tiempo indeciso; sus obras (aparte de la mencionada) lo desconcertaban... Acabo de leer La Walkyria —escribía a Gersdorff, un amigo, ex-compañero universitario, en octubre de 1866— y me encuentro impresionado de una manera tan confusa que no logro llegar a ningún juicio. Las grandes bellezas y virtudes se hallan compensadas por fealdades y defectos igualmente grandes... en resumidas cuentas... Wagner es un problema insoluble (p.49).

El músico que prefiere por aquel entonces es Schumann.

Más o menos a esta altura, precisamente cuando Nietzsche contaba con 24 años de edad y había concluido sus estudios de filología clásica o antigua en Leipzig (y afirmar que había terminado es un decir, por cuanto aún no había tomado los exámenes finales, ni había formulado su Tesis de Bachillerato) cuando su principal profesor —Ritschl— decide proponerlo para ocupar la cátedra de filología antigua en la Universidad de Basilea, en Suiza. Es nombrado Profesor Extraordinario, todo lo cual lo llena de satisfacción y de orgullo y lo hace recordar los tiempos cuando en la Universidad de Bonn vacilaba, tremendamente y por un buen tiempo, sobre qué carrera iría a seguir: si la de teología (cuando aún jugueteaba con la idea de ser clérigo como su padre y demás ancestros), filosofía y la misma filología. Recordaba cómo un buen día y de súbito se decide por el estudio de las Letras, en especial la filología. También aquí en Suiza habría de entrevistarse con quien sería una de sus figuras idealizadas de juventud: Richard Wagner.

Nietzsche escribe sobre Wagner a su amigo Rohde: *Te aseguro que mi humor, durante los días siguientes, era casi romántico; confieso que en este comienzo, en esta presentación, en este héroe que nadie ve, hay algo que frisa con la leyenda.* (ibid, p. 51). Había sido presentado a la familia Wagner, que lo invitó a una velada donde el mismo Wagner estaría presente. Demás está decir del entusiasmo de Nietzsche y de su ansiedad, esperando el momento del encuentro que habría de realizarse en la casa de la hermana del músico. El filósofo lo describe así:

... un hombre fabulosamente vivo y activo, que habla muy de prisa, con mucho ingenio y constituyendo por sí solo la alegría de una reunión íntima como la nuestra... Por lo demás es extraordinariamente ágil y espiritual... He tenido con él una larga conversación sobre Schopenhauer. Ah! —le dice a otro de sus amigos— ya comprenderás qué alegría fue para mí el oírlo hablar con un indescriptible entusiasmo, diciendo lo que él le debe a Schopenhauer y explicando que éste es el único filósofo que ha conocido la esencia de la música (ibid, p. 53).

Hay aquí una coincidencia entre conocer a Wagner y su designación como profesor de filología en Basilea. Sus dudas con respecto a esto último fueron varias y de consideración. Adiós sus planes de pasarse libremente un mes con sus amigos más queridos en París; adiós su libertad e independencia para dedicarse a lo que él más quería: las disquisiciones filosóficas, sus paseos por el campo, sus otros viajes y peregrinaciones, etc. Consciente de la gran responsabilidad que se abría en su horizonte, estaba temeroso de que una ocupación académica y cotidiana quitara agilidad a la libre sensibilidad de su espíritu y atacara en sus raíces su sentido filosófico. Dirá: *Pero, creo que puedo correr este riesgo con la frente más serena que la mayor parte de los filólogos, la seriedad filosófica se ha enraizado profundamente en mí* (ibid, p. 56). Agrega Halévy: *Las inquietudes de Federico Nietzsche son varias. Si pudiese adivinar su próximo porvenir, su alegría sería inmensa. Ricardo Wagner habita no lejos de Basilea y va a ser su amigo* (ibid, p. 56). Curiosamente Wagner le llevaba 31 años de edad y esa era la edad a la que había muerto el padre de Nietzsche.

Sus visitas a Triebschen, donde vivía Wagner, habrían de hacerse cada vez más frecuentes, y para la felicidad de Nietzsche, compartían momentos íntimos en los que discutían sobre arte, música y filosofía. Se estaba gestando en esos momentos *El Origen de la Tragedia*, la que es conocida como su primera obra. Se comprende ahora por qué en algunas ediciones aparece este nombre seguido de *En el espíritu de la Música*.

El pensamiento griego continúa siendo el centro alrededor del cual forma sus ideas. Wagner componía entonces la música de *El Crepúsculo de los Dioses*. Escribía durante estos mismos momentos un relato de sus días en Basilea. A su vez, Nietzsche formula por primera vez sus definiciones del espíritu dionisíaco y del espíritu apolíneo. Estalla la guerra franco-prusiana de 1870 y se encuentra imposibilitado de enrolarse porque para ser profesor en Basilea tuvo que adoptar la ciudadanía suiza. Sin embargo, presa de un furor nacionalista, solicita a las autoridades de Basilea un permiso especial para ir a la guerra. Pero —¡oh,

decepción!— sólo le es permitido participar como ayudante en los servicios de atención médica de los heridos.

Hasta entonces sólo había conocido sus libros, ahora conoce la vida. Saborea esta amarga prueba y discierne siempre alguna belleza lejana. “Yo también tengo mis esperanzas, escribiré —y gracias a ellas he podido ver la guerra y continuar mis meditaciones sin interrupción, en presencia de los horrores más grandes... Recuerdo una noche en que, solo, tendido en un vagón de mercancías, con los heridos a mí confiados, no cesaba de explorar en pensamiento los tres abismos de la tragedia, que se llaman Wahn, Wille, Webe: ilusión, voluntad, dolor. De dónde, pues, saqué entonces, la confiada certidumbre de que el héroe futuro del conocimiento trágico y de la alegría griega habría de sufrir al nacer una prueba semejante?”. Llega a Karlsruhe con sus heridos y enfermos; ha contraído su mal y sufre un ataque de disentería y de difteria... Tan pronto como se restablece... va a buscar en la casa familiar de Naumburg, no el reposo sino una completa libertad de trabajo y de pensamiento (ibid, p. 77) .

Esta búsqueda de libertad y de tiempo que dedicar a sus elucubraciones, es algo que, como se verá, busca incesante y desesperadamente en todo momento. Escribe sobre la guerra a su amigo Gersdorff:

“...ahora estoy en Naumburg, aunque todavía no muy bien restablecido. La atmósfera en que he vivido ha permanecido largo tiempo sobre mí como una nube sombría; oía una queja incesante”... La guerra lo transforma, lo hace orgulloso de su raza, de su verdadero país (Alemania, no Suiza) y le hace decir que: “la guerra despierta la energía de los hombres, que hasta inquieta sus espíritus, que les obliga a buscar en un orden ideal, orden de la belleza, orden del deber, los fines de una vida demasiado cruel. El poeta lírico y el sabio, incomprensidos en los siglos pacíficos, son escuchados en los siglos guerreros. Los hombres tienen necesidad de ellos...la misma necesidad que los hace alinearse tras sus jefes, los hace atentos al genio. La humanidad no es verdaderamente una, tendida hacia lo heroico y lo sublime, sino cuando la impulsa la guerra.” (ibid, p. 77) .

Y aquí no está exenta la discriminación de género, pues Nietzsche tenía —lo que sería hoy— una muy pobre opinión de las mujeres, a las cuales consideraba, entre otras cosas, como seres débiles, incapaces de llegar a las alturas a las que aspiraban los hombres. Halévy nos continúa diciendo:

Véase Grecia: su arte es la forma visible de una sociedad disciplinada por la lucha, desde el taller donde trabaja el cautivo reducido a la esclavitud, hasta el

gimnasio y el ágora, en el que el hombre libre juega con las armas. Semejante a esa figura alada, a esa Diosa de Samotracia cuyo vuelo acompaña a una trirreme ensangrentada, el genio griego emana de la guerra, la canta y la acompaña. . . Es el pueblo de los misterios trágicos —escribe Nietzsche— el que da el gran golpe de las batallas pérsicas; como compensación de ello, el pueblo que ha sostenido esas guerras tiene necesidad del brebaje saludable de la tragedia (ibid, p. 78).

Seguimos en sus notas el movimiento de un espíritu que desea apresar, a través de una Grecia incierta, la idea misma de lo trágico. Constantemente encontramos la palabra trágico empleada a la manera de un tono fundamental que el joven pensador se ejercita en repetir, como el niño que acaba de aprender una palabra nueva:

La Grecia trágica vence a los persas. . . El hombre trágico es la naturaleza misma en su más alta fuerza de creación y de conocimiento: juega con el dolor. Tres fórmulas satisfacen por el momento su búsqueda: “La obra de arte trágica, el hombre trágico, el Estado trágico”. Así determina las tres partes esenciales de su libro cuyo conjunto titulará (hasta aquí) como El Hombre Trágico (ibid, p. 78).

El autor está convencido que todas estas ansias correspondían a las que Nietzsche tenía por una Alemania nueva, rica y poderosa, con su líder político Bismark, su poeta Wagner y su filósofo Nietzsche.

Halévy nos dice que el filósofo vio de nuevo a Wagner pero no se sintió satisfecho. *Este hombre magnífico en los días de desgracia, parecía disminuido en los días felices* (después de la victoria prusiana sobre los franceses). *Su alegría era de calidad vulgar* (ibid, p. 80). Comenzaba ya el cambio de la relación entre los dos hombres, pues así como Nietzsche terminó despreciando a Wagner, del mismo modo este último terminó también despreciando y odiando a Nietzsche hasta el punto de no querer verlo más en su vida. El cambio central y definitivo en Nietzsche se dio durante la inauguración del gran centro músico-cultural de Bayreuth, construido en 1872 e inaugurado en 1876. Nietzsche tenía, a la sazón 32 años de edad. Odiaba las grandes aglomeraciones de gente y más aún si éstas le parecían no estar a su altura (no está demás decir que el Rey Luis II estuvo presente). Además, no estuvo de acuerdo con “teatralizar” la música por más digno que fuese el tema. La representación de *El Anillo de los Nibelungos* le pareció superficial y floja, “romanticona” y dulzona, aceptando al final solo *Parsifal*, que sí fue de su agrado. Nietzsche no tenía una buena opinión de la cultura prusiana. Muy preocupado por el porvenir de Alemania comienza a

fantasear con la creación de un centro paralelo al de Bayreuth, pero dedicado enteramente al cultivo libre de las artes y de la filosofía, pensando que contaría con el apoyo de sus amigos más cercanos. Este no llega a darse. Nietzsche tenía una concepción muy aristocrática de la sociedad y consideraba que para que unos cuantos privilegiados pudieran beneficiarse —para poder educar a la sociedad— la existencia de la esclavitud era necesaria. Consideraba que la democracia era una idea nociva. Nos dice que si es cierto que los griegos fueron destruidos por la esclavitud, aún es más cierto que la falta de esclavitud es causa de que esa época perezca.

Tres años largos y consistentes pasó Nietzsche en Tribschen, llenos de dicha, de comprensión, de confianza mutua, durante los cuales escribió *El Origen de la Tragedia a través de la Música* (subtitulado *Helenismo y Pesimismo*). El libro tuvo sus dificultades tanto para imprimirse como para ser aceptado y comprado. Hubo una sola reseña que fue publicada ¡en una revista italiana! Pero, Nietzsche no se dio por vencido y organizó una serie de conferencias en las cuales se extendería sobre su libro. No llegaron a terminarse y Nietzsche se negó terminantemente a reanudarlas cuando más tarde se lo solicitaron. Wagner y su mujer, Cósima, no tuvieron sino palabras de elogio hacia el libro, que el autor apreció sobremanera. Los Wagner se mudaron a Bayreuth, con gran pena de Nietzsche. Este estaba también pensando ya en abandonar Basilea e irse a vivir a la parte italiana de Suiza.

Teniendo en consideración que las obras escritas por los grandes autores tienen que ver mucho con su manera de pensar, de sentir, en una palabra con su estilo de vida y con todas las circunstancias que rodearon su existencia, podríamos decir que todo esto se da de manera muy marcada en el caso de Nietzsche. Sus viajes y cambios de residencia son múltiples y tienen que ver con factores como el clima, fundamentalmente, pero también con sus estados de ánimo, con el espíritu que lo embargaba en ese momento y con sus sentimientos para con sus amigos con quienes se carteaba ocasionalmente. Sus viajes se dan mayormente por ciudades Italianas, con excepción de Niza en la Riviera francesa: Génova, Nápoles, Roma, Venecia, Turin, Mesina y Palermo (puedo estarme olvidando de alguna). Adoraba el sol claro y fuerte del mediodía, las visiones del mar y de los montes, pero se quejaba amargamente de los otoños grises y oscuros, cuando generalmente se deprimía, se tornaba desilusionado, escéptico y pesimista acerca de todos sus planes. También sufría de síntomas físicos tales como cefalea, trastornos de la visión, náuseas y vómitos, diarrea y dificultades para conciliar el sueño. Tenía también periodos en los que se sentía muy bien, muy animoso y trabajador, en los que no cesaba de escribir.

Las contradicciones y las inversiones de las perspectivas desde las que avisaba el mundo son rasgos que caracterizan a Nietzsche. *Es la primera razón por la que quizá únicamente yo pueda proceder a una “inversión de los valores”* (Ecce Homo, 1888/2008, p. 2). Más tarde se referirá a lo que él llamó “La transvaloración de todos los valores”. Curiosamente, siendo él tan enfermizo, se consideraba “fisiológicamente en el fondo sano” y poseedor de un “instinto de restablecimiento” que era el que lo hacía recuperarse y adoptar su voluntad de vivir, que se convertiría en “su filosofía” (ibid, p. 19). Más adelante dirá:

...mi relación con los seres humanos es, para mí, una prueba no baladí de mi paciencia. Mi humanitarismo no consiste en simpatizar con el hombre tal y como es, sino en soportar el hecho de participar de dicho sentimiento. Mi humanitarismo es una permanente victoria sobre mí mismo. Pero, yo necesito estar solo, es decir curarme, volver a mí mismo, respirar un aire libre y ligero. Todo mi Zarathustra es un ditirambo a la soledad o mejor dicho, a la pureza... Quien tenga ojos para ver los colores considerará que mi Zarathustra es diamantino. El asco que el hombre, que la “chusma” me produce, ha sido siempre mi mayor peligro (ibid, p. 28).

Nietzsche fue un anticristiano declarado, tuvo palabras y conceptos muy duros contra esa doctrina religiosa, a punto de calificarla como el peor veneno que la humanidad hubiera tenido que tragar. *Nunca he comprendido por qué me he de considerar pecador*, afirma en el capítulo “Por qué Soy tan Inteligente” de Ecce Homo, redactado en 1888. Y agregará:

Asimismo me falta criterio para saber lo que es remordimiento de conciencia, ... mi moral me inclina más bien a respetar aquello en lo que hemos fracasado, por el hecho de haber fracasado... “Dios”, “inmortalidad del alma”, “redención”, “más allá” son conceptos a los que no he prestado ninguna atención, ni les he dedicado tiempo, ni siquiera cuando era niño, quizá no fui lo suficientemente pueril para hacerlo... No considero que el ateísmo sea en modo alguno un resultado, menos todavía un hecho, lo doy instintivamente por supuesto. Soy demasiado curioso, demasiado problemático, demasiado orgulloso para contentarme con una respuesta burda (ibid, p. 31).

Su crítica a la cultura alemana es tan acerba que tiene palabras duras hasta para con la comida: *El espíritu alemán es el fruto de una indigestión, no termina nada*. Se declara en contra de las “bebidas espirituosas”, inclusive de la cerveza. Dirá: *Para mí, el espíritu flota sobre las aguas* (ibid, p. 33).

Volviendo al asunto del clima expresa:

Paris, Provenza, Florencia, Jerusalén, Atenas, demuestran que el genio está condicionado por el aire seco, por el cielo puro, es decir por un metabolismo rápido, por la posibilidad de recuperar una y otra vez cantidades grandes, incluso enormes, de fuerza (ibid, p. 35).

Y sobre su idealismo dirá:

El maldito idealismo es la verdadera fatalidad de mi vida, lo que tiene ésta de superfluo y de estúpido, algo que no me ha reportado nada bueno y para lo que no hay compensación alguna. Por las consecuencias de este “idealismo” me explico todas las equivocaciones, todas las aberraciones de mis instintos y todas las componendas que me han apartado de realizar la misión de mi vida.” (ibid, p. 35).

Nietzsche llegó a considerar sus obligaciones en Basilea una atroz e imperdonable pérdida de tiempo:

La más mínima preocupación por mí mismo, la protección de un instinto que me dirigiera brillaron por su ausencia... cuando esta situación llegó a su recta final... empecé a pensar en la radical sinrazón de mi vida, el idealismo. La enfermedad me condujo a la razón”. (ibid, p. 36).

La lectura fue su forma personal de distraerse. Era un gran admirador de los escritores franceses; su preferido era Guy de Maupassant. Afirmaba creer sólo en la cultura francesa, considerando las de otras nacionalidades, especialmente la alemana, “una equivocación”. Vuelve a referirse a Wagner y lo considera más que un genio, un alma “divina” con quien ha pasado momentos inolvidables por la profundidad de las elucubraciones, el goce del contacto personal del momento, y alguien con una sublime sensibilidad artística. Estas expresiones admirativas no tenían límite al inicio de su relación. ¡Cómo habría de cambiar todo luego de su experiencia en Bayreuth!:

Lo que no le perdono a Wagner es el haber condescendido con los alemanes, el haberse convertido en un alemán del Reich. Alemania corrompe la cultura que toca (ibid, p. 41).

Habla de “un instinto de autoconservación”, por el cual no permitiríamos ser invadidos por lo mediocre, lo decadente. Reconoce la dificultad de muchos

en entender lo que escribe. Él mismo se critica, pero al mismo tiempo explica que es por la calidad de los temas que toca. Muchos de sus escritos son aforismos que parecen desplegarse en forma de poesía novelada.

El nacimiento de la Tragedia es el primer libro que escribe y lo comienza, increíblemente, durante la guerra franco-prusiana, cuando él formaba parte de los servicios médico-auxiliares y no pudo ir al frente, como hubiera querido. Se asombra de cómo puede dar los primeros trazos junto al tronar de los cañones. Sus originales ideas acerca de lo que llamaría lo dionisiaco y lo apolíneo se dibujan allí; lo primero representando todo lo vital que posee el hombre y lo segundo lo regulador, lo atenuador de ello. Estos conceptos se ven reflejados en la cultura trágica de los griegos, tragedia que es lo que consigue el balance entre ambas fuerzas. La estética es el valor máximo en esa cultura, lo cual se ve reflejado en el título mismo del trabajo: *El nacimiento de la Tragedia en el espíritu de la música*. Wagner está también de por medio, como replicador de la antigua tragedia griega. En verdad, era Nietzsche quien quería verlo así, como gran admirador que era de esta tragedia. Helenismo y pesimismo eran términos también usados en el título de su obra; pesimismo que era destruido por la tragedia.

El libro también incluye conceptos sobre el “socratismo”, movimiento al cual culpa de la desaparición de la tragedia debido a su “racionalismo”, que iría en contra de lo dionisiaco. Comentando sobre el cristianismo, Nietzsche nos dice:

En todo el libro hay un silencio profundo y hostil contra el cristianismo. Pues, este no es ni apolíneo, ni dionisiaco, niega todos los valores estéticos, únicos valores reconocidos por el Nacimiento de la Tragedia. El cristianismo es nihilista en el sentido más profundo, mientras que en el símbolo dionisiaco, por el contrario, se llega al límite máximo de la afirmación (Ecce Homo, p. 60).

Hay un instinto degenerativo contra la vida (el cristianismo, la filosofía de Schopenhauer, la de Platón, el idealismo) frente a la afirmación suprema del sufrimiento, incluso de la culpa, de todo lo problemático y extraño de la existencia. Nos acercamos a la verdad en la medida en que el valor puede ir hacia adelante, en la medida de su fuerza. Conocer, afirmar la realidad, es una necesidad para el fuerte, así como la cobardía y la huida ante la realidad es una necesidad para el débil. Los decadentes necesitan la mentira. Es necesario conocer la palabra “dionisiaca” y a uno mismo a través de ella.

Nietzsche está por la afirmación de la vida, pero a través de su tragedia, enfrentándola plenamente y gozando del fluir de la vida, incluyendo inclusive

sus aspectos destructivos y “más extraños”. La figura de Dioniso es un puente con el poeta trágico. En *El Ocaso de los Idolos* vuelve a exponer cómo llegó al conocimiento definitivo de lo que es la psicología de la tragedia. Nietzsche se considera el primer filósofo trágico, antípoda de un filósofo pesimista. Todo esto está emparentado con la doctrina del “Eterno Retorno”. La *Estoa*, que heredó de Heráclito y casi todas sus ideas fundamentales, presentan huellas de esta doctrina.

Las cuatro consideraciones intempestivas

Las *Consideraciones Intempestivas* —que se sobrepusieron a *El Nacimiento de la Tragedia*— son beligerantes. El primer “ataque” (1873), escrito a los 29 años de edad, iba dirigido contra la cultura alemana. La segunda *Intempestiva* (1874) pone de relieve lo que hay de nocivo y envenenador de la vida en la forma de hacer ciencia; se pierde la finalidad, es decir la cultura. En la tercera y cuarta *Intempestivas* se desprecia al Reich, al cristianismo, a Bismarck, al éxito social y político, a Wagner y Schopenhauer. *Los filisteos de la cultura* —como los llamará Nietzsche— *todos siguen creyendo en el ideal...Yo soy el primer immoralista*, dirá en *Ecce Homo* (p. 67). Si Platón se sirvió de Sócrates para llevar a cabo una semiótica de sí mismo, este escrito describe como “materia muy explosiva” las ideas de los filósofos; filósofos en cuya presencia todo peligraría. *Mi sabiduría ha consistido en haber sido muchas cosas y en muchos sitios, para poder llegar a ser una sola cosa. Es verdad que quien toma aquí la palabra no es “Schopenhauer como educador”, sino su antítesis “Nietzsche como educador”* (ibid, p. 68).

Humano demasiado humano

Una de las primeras declaraciones de Nietzsche es la siguiente: *Con este libro me liberé de lo que no pertenece a mi naturaleza* (ibid, p. 71). No le pertenece el idealismo, en cambio se afirma un espíritu que ha llegado a ser libre, que ha vuelto a tomar posesión de sí mismo. Da la impresión de que se está imponiendo una espiritualidad de gesto noble a una corriente de pasión que fluye por lo bajo. No se rechaza el ideal sino que se le congela. El comienzo de este libro se sitúa en las semanas en que se celebraron los primeros Festivales de Bayreuth en 1876. *Una de las situaciones que determinaron su nacimiento fue lo extraño que me sentía frente a lo que me rodeaba. ¡Qué diferencia con Tribschen!*”, dice Nietzsche. Ver a cientos de ellos rindiendo pleitesía a Wagner, quien lo

había traicionado con su *Parsifal* de tinte religioso y católico, fue para él demasiado. *En la selva bohemia me traté la melancolía que me producía mi desprecio a los alemanes como si fuera esta una enfermedad.*” (ibid, p. 73). Escribe así duras observaciones psicológicas. Descubre cómo había estado perdiendo su tiempo como un profesional, dictando clases de filología en Basilea y olvidándose de su tarea. Para cubrir la sensación de vacío había estado tomando “el opio de la música de Wagner”, a la que sin embargo admiraba. Pero había ido en contra de su naturaleza; creándose fatalmente una segunda naturaleza se había olvidado de sí mismo por un “exceso de juventud”. Entonces apareció la herencia de su padre: la predestinación a morir joven.

La enfermedad me sacó poco a poco de todo lo que me rodeaba, me obligó a olvidar, a que me quedara quieto, silente, ocioso, esperando, paciente y eso es lo que significa pensar. Me sacó de mi manía por los libros, por la filología, de modo que dejé de leer durante años. Mi yo-mismo íntimo que había quedado sepultado, casi enmudecido por tener que oír constantemente a otros sí-mismos, se despertó poco a poco, tímido, vacilante y terminó por volver a hablar. Nunca he sido tan feliz como en mis épocas más enfermas y más dolorosas de mi vida. (Ecce Homo, p. 75).

Aquí habría que revisar *Aurora* y *El viajero y su sombra* para entender lo que significó esa vuelta a sí mismo, forma suprema de curación. La otra curación no fue sino una consecuencia de ésta. Toda su filosofía está centrada en sí mismo, en sus propias vivencias y experiencias.

Humano demasiado humano es un testimonio de rigurosa autodisciplina con lo que acabó con todo lo que se había infiltrado en él de mentira suprema, de idealismo, de sentimientos bellos y otras debilidades que él tenía por “femeninas”. Este libro se entrecruza con el libreto del *Parsifal* y los primeros números de *Las hojas de Bayreuth* (...Entendí que había llegado la hora. ¡Increíble! ¡Wagner se había vuelto piadoso!). *Humano demasiado humano* es un claro testimonio de cómo pensaba Nietzsche sobre sí mismo y su tarea. En *Ecce Homo* se preguntará y se responderá:

¿Cuál es la tesis a la que ha llegado uno de los pensadores más osado y frío, el autor del libro SOBRE EL ORIGEN DE LOS SENTIMIENTOS MORALES (léase NIETZSCHE EL PRIMER INMORALISTA) tras sus penetrantes y profundos análisis del comportamiento humano? El hombre moral no está más cerca del mundo inteligible que el hombre físico, pues el mundo inteligible no existe” (p. 76).

Esta frase —escrita en 1890 cuando Nietzsche frisaba los 46 años de edad— quizá de alguna manera llegó a servir de hacha para cortar de raíz la necesidad metafísica del hombre, ya sea para bien o para mal. Es una frase que tiene importantes consecuencias, fecunda y terrible a la vez, que mira al mundo con esa doble mirada que poseen todas las grandes ciencias.

Aurora

Aurora es un libro que tiene que ver con la moral. A esta no se la ataca sino que simplemente no se la tiene en cuenta...¿O tal vez? acotará Nietzsche en *Ecce Homo* (p. 78). Se plantea por primera vez, en su conjunto, el “¿por qué?” y el “¿para qué?”. Con *Aurora* da inicio a su batalla por recuperar al hombre del peso de la falacia de la moral, que no consiste sino en creer que estamos gobernados por lo mejor, generados y conducidos por un dios, cuando en realidad somos una autoproducción “por egoísmo”, una lucha por la supervivencia basada en nuestra fortaleza. Nuevamente critica acerbamente a los sacerdotes que calumnian al mundo y violan al hombre. Critica igualmente a la Biblia, en donde conceptos como “alma” y “espíritu” dirá que van en contra del cuerpo y su fisiología; en contra de los instintos de vida y no de muerte (instintos degenerativos). Con *Aurora* fui el primero en emprender una lucha contra la moral que predica la renuncia a sí mismo, nos dice Nietzsche (ibid, p. 79). En mi opinión este es uno de los libros más bellamente escrito por Nietzsche, el cual es un deleite leer. Aquel que quiera ponerse en contacto con Nietzsche por primera vez debiera escoger leer *Aurora*.

La Gaya Ciencia

Algunos autores clasifican la obra de Nietzsche en dos periodos, otros hasta en tres. El primer período comprende la época temprana de sus primeros escritos, especialmente *El Origen de la Tragedia en Grecia* (o *En el Espíritu de la Música* o *Helenismo y Pesimismo*) y las cuatro *Consideraciones Intempestivas*, donde hace un ajuste de cuentas crítico con parte del pensamiento en boga de época (F.Nietzsche. *Obras Inmortales*, T.1. p. 154). El segundo período corresponde al que anunciará los temas centrales de su pensamiento, que luego quedarán condensados en *Así habló Zaratustra* y las obras que le siguen. Los que gustan dividir la obra en tres partes, consideran la segunda el decenio del 70 y la tercera el decenio del 80 hasta el “derrumbamiento” psicológico de Nietzsche. *La Gaya Ciencia*

correspondería al segundo período. Nietzsche escribe esta obra estando en Génova y gozando de los mejores días de un sol de invierno en enero. *Nunca había gozado* —decía— *de un sólido mes con tan buen clima...* tanto es así que su ánimo despierta y escribe una obra “jovial”. Compara su claridad, profundidad y benevolencia con la de *Aurora*; su concepción es provenzal, mezcla de cantante, caballero y espíritu libre: *se danza por encima de la moral* (*Ecce Homo*, p. 81).

Así habló Zarathustra

Un libro para todos y para nadie, comienza diciendo Nietzsche (ibid, p. 83). La concepción fundamental de la obra es el pensamiento del “Eterno Retorno”. Era agosto de 1981 y Nietzsche tenía 37 años de edad. Un signo precursor fue un cambio repentino y decisivo en la intimidad de sus gustos, sobre todo respecto a la música. Condición previa fue un renacimiento en el arte de escuchar. Jocosamente, Nietzsche manifiesta que el libro le llevó 18 meses de “embarazo” (su escritura), siendo “el parto” en febrero de 1883, cuando Nietzsche frisaba los 39 años de edad. Al mismo tiempo Wagner moría en Venecia. Un dato curioso —como lo señalé anteriormente— es que Wagner le llevaba 36 años de edad, edad que el padre de Nietzsche tuvo al fallecer. La idea de *Zarathustra* había aparecido en el penúltimo apartado del libro IV de *La Gaya Ciencia*. Se encontraba Nietzsche en el grado sumo de su pathos trágico y escribió un himno a la vida.

“Gran salud” es lo que Nietzsche llamaría a lo que decía que había que tener para emprender una tarea como la que él se proponía. Habla de vivir “peligrosamente sano”, con “gran seriedad”; “comienza la tragedia”, dirá. Es un preludio a lo que habrá de venir: no somos más que un mero médium de fuerzas superiores. Explicando lo que es una inspiración detalla lo que podríamos llamar un estado de éxtasis (¿de características psicóticas?). Él mismo usa la palabra “éxtasis” (*Ecce Homo*, pp. 86-87), pero aparentemente no llega a la delusión. Eso vendría después. Estuvo enfermo en Génova y de allí partió hacia Roma, advertido por uno de sus amigos de la aparición de una beldad llamada Lou Salomé. Se quedaría prendado de ella. Roma era una ciudad que no le agradaba y allí compuso *la canción más solitaria que jamás se haya escrito*, como lo dirá él mismo en *Ecce Homo: La Canción de la Noche. Por esa época me rondaba siempre una melodía inefablemente melancólica, cuyo estribillo reencontré en las palabras “muerto de inmortalidad”* (p. 88). Luego se va a Niza donde compuso la III parte de su *Zarathustra*. Era verano y se encontraba pleno de vigor muscular y

de paciencia. Caminaba hasta ocho horas seguidas de un tirón, ¡subiendo cuestras muy altas hasta el nido de las águilas! Parece que se sentía bien, bailaba, cantaba y reía mucho. ¡Hasta dormía bien!

Si exceptuamos lo anterior, los años en que concibió *Zaratustra* y en especial los años siguientes, fueron de un estado de miseria sin comparación. *Se paga caro ser inmortal* —nos dice— *Lo que uno ha hecho se vuelve contra uno mismo y uno muere varias veces a lo largo de la vida... el rencor de lo grande*" (ibid, p. 89). ¿Fue este estado melancólico una reacción a su estado hipomaniaco previo? Nietzsche agrega: *Hay un terrible silencio que se oye a nuestro alrededor... la soledad tiene siete capas que no pueden ser atravesadas por nada... es la absurda irritabilidad de la piel a las pequeñas picaduras... una especie de desamparo ante las cosas pequeñas* (ibid, p. 89). Aquí se juntan el genio con la locura. Hay rasgos megalomaniacos en su discurso, incluso ideas de grandeza circunscritos a su descripción de *Zaratustra* como el insuperable superhombre.

Mi concepto de lo dionisíaco se convirtió aquí en una acción suprema, nos dirá. En *Zaratustra* se han juntado así todos los opuestos en una nueva unidad. A *Zaratustra* se le revela la verdad y habla de un retorno del lenguaje a la naturaleza de la figuración. ¿Tiene razón Nietzsche, o no? ¿Es por eso nuestra fascinación al leerlo? ¿No es ese el atractivo de su poesía? Agrega Nietzsche: *En cada pasaje de este libro el hombre ha sido superado* (ibid, p. 91). La idea del superhombre se convierte en él en realidad suprema. Define la locura como *la capacidad de acceder a lo contrapuesto... perderse y vagar dentro de sí... el alma que más se ama, en la que todas las cosas tienen su corriente, su flujo y su reflujo... pero, este es precisamente el concepto de Dioniso...* (ibid, p. 91). Este es el que tiene sobre sí el destino más terrible y fatal, y a su vez no es un negativista sino que afirma la vida con un ¡Sí, así es!

... Dioniso como el que tiene la visión más terrible de la realidad, el que ha concebido el pensamiento más abismal, no encuentra a pesar de todo, una objeción contra la existencia, ni contra el eterno retorno de esta, sino que más bien descubre una razón para ser él mismo, la afirmación eterna de todas las cosas (ibid, p. 92)... *La figura de un hombre yace en el fondo de una piedra. Para descubrirlo tenemos que romper, pedazo a pedazo la piedra con un cincel. Se redime lo hecho "porque así lo quise"* (ibid, p. 94)... *Entre las condiciones previas para una tarea dionisíaca figura la dureza del cincel, el placer de aniquilar. La verdadera señal de una naturaleza dionisíaca es el imperativo "endureceos", la certeza más profunda de que todos los creadores son duros* (ibid, p. 95).

Mas allá del bien y del mal: Preludio de una Filosofía del Futuro

Después de haber puesto en juego su parte afirmativa, da rienda suelta a su parte aniquiladora en este libro que es una crítica a la modernidad, incluyendo las ciencias, las artes y hasta la política modernas, indicando lo antitético, es decir lo menos moderno, el tipo noble, el que afirma. Sin embargo, hay dureza, no hay ni una sola palabra benévola en todo el libro. Algo de la reversión de los valores se menciona también aquí. Malwida von Meysenbug —a quien Nietzsche había enviado uno de estos libros— exclamó: *¡Este libro ha sido escrito por el Mal!* (Safranski, p. 338).

La genealogía de la moral. Una obra polémica

Son tres tratados en los que aparecen, una a una, verdades “como estampidos” (*Ecce Homo*, p. 99). La verdad del primer tratado es la psicología del cristianismo: el nacimiento del cristianismo a partir del resentimiento, no del espíritu. Es un movimiento en contra, la gran rebelión contra el dominio de los valores nobles. El segundo tratado está dedicado a la psicología de la conciencia, que no es la voz de Dios en el hombre, sino el instinto de la crueldad que se vuelve contra uno mismo. La crueldad como uno de los más antiguos trasfondos de la cultura. El tercer tratado responde al problema del origen del enorme poder del ideal ascético, del ideal sacerdotal, a pesar de ser éste el ideal nocivo por excelencia, una voluntad de muerte, un ideal de decadencia.

El ocaso de los idolos. Cómo se filosofa a martillazos

Esta obra significa que el fin de la vieja verdad está próximo. Prácticamente él ha encontrado el camino hacia la verdad. Hay algo vanidoso en sus expresiones sobre el valor de su obra. Escribió el prólogo el tres de setiembre de 1888, cuando frisaba los 44 años de edad. Terminó de escribir el libro el treinta de ese mismo mes. Terminó *La Inversión* (de todos los valores). Pasó el mes en Turin, gozando de un otoño delicioso. Turin era una ciudad que a él le encantaba y donde se sentía más que apreciado por los locales; la pasó muy bien.

Sin ninguna duda, se sentía un predestinado. Nietzsche era entonces un caso máximo de sobrevaloración narcisista del Yo. Cuando estaba bien estaba “muy bien” y cuando se sentía mal se encontraba con un ánimo miserable. Cuando se refiere a “los martillazos” quiere decir que hay personas a las cuales la filosofía les va entrar solamente de esa manera.

El caso Wagner

Un problema para los amantes de la música. Critica a los alemanes como idealistas a quienes les falta vergüenza en cuestiones históricas. Los acusa de haber sido quienes cometieron los mayores crímenes contra la cultura en los últimos cuatro siglos y que habrán de cargar con ello en su conciencia. Por no enfrentar la realidad —verdad— los califica como idealistas. Los acusa de haber echado a perder la cosecha del Renacimiento (estético y el de los valores).

El “derrumbe”

A comienzos de 1889 fue cuando ocurrió su “derrumbamiento” (como llaman a sus “crisis” mentales las traducciones en español). Se venían ya dando signos de su desequilibrio, sobre todo a través de una exageradísima valoración de sí mismo, de su obra y de su “misión” en esta vida. Pensaba —y lo decía— que su *Zaratustra* era la obra más grande que se pudiera haber escrito jamás, tanto así que las épocas históricas —y la historia misma de la humanidad— se dividirían en dos períodos: antes y después de su obra y de su pensamiento filosófico. Había atacado despiadadamente a la moral y sus códigos y pensaba que éstos habrían de cambiar fundamentalmente. Se tiende a dar como dato significativo de su “derrumbamiento” un episodio ocurrido mientras cruzaba por la Piazza Carlo Alberto en Turin: súbitamente y llorando a lágrima viva se prendió del cuello de un caballo de una carroza en momentos que el cochero fustigaba con un látigo al animal. Nietzsche cayó desmayado. Comenzó a firmar sus cartas como “Dioniso”, “Dios”, “El Crucificado”. El episodio de la serpiente en el *Zaratustra* es señalado por un psiquiatra como el inicio de su psicosis, dado su carácter bastante bizarro. Su gran amigo Overbeck logra internarlo en un nosocomio para enfermedades nerviosas en Basilea, pero no permanece mucho tiempo allí pues su madre lo trasladaría a Jena —cerca de Naumburg— donde permanecería internado en otro nosocomio por espacio de un año. El diagnóstico allí sería el de una parálisis general progresiva (sífilis) pues se encuentra que Nietzsche era portador de la cicatriz de un chancro sífilítico. Se sabe que la sífilis es transmitida por un virus que tiene generalmente un período de incubación de entre 20 y 30 años. Transcurrido un año, su madre lo lleva a su casa en Naumburg donde ella se haría cargo de sus cuidados. La madre fallece en 1897 quedando su hermana en reemplazo. Ella lo hospeda en una casa en Silberblick, también cerca a Naumburg, Weimar, donde fallecería en 1900 a la edad de 56 años.

Freud y Nietzsche

Es muy difícil describir la personalidad de Nietzsche debido a sus características tan multifacéticas, donde períodos depresivos se alternaban con períodos de euforia y de completa salud, cuando se sentía feliz y tranquilo. Otras veces se quejaba de una fuerte cefalea, que era acompañada de trastornos visuales y estomacales con vómitos y diarreas. También tenía grandes dificultades para dormir. Muchas veces se quejaba muy amargamente de su condición y hablaría de terminar sus días —o de que éstos terminaran de por sí— pero nunca atentó claramente contra su vida. La difteria y la disentería que adquirió durante la guerra franco-prusiana fueron indudablemente factores agravantes de su condición.

Ya desde los inicios del psicoanálisis varios de los primeros acompañantes de Freud se interesaron en las ideas de Nietzsche e hicieron notar su parecido con las ideas de su maestro. Tanto es así que en más de una de las sesiones científicas de los días miércoles (“wednesday meetings”) se discutieron temas y obras relacionadas con la producción nietzscheana. Ronald Lehrer (1996) nos dice que un buen número de los primeros analistas estaban familiarizados con los escritos de Nietzsche: Gregory Zilboorg, que escribió tempranamente (1905), Eduard Hitschmann, que leyó un trabajo en la casa de Freud de tema “Una comparación de las ideas de Freud y Nietzsche. En dos reuniones de la Viena Psychoanalytic Society en 1908, se discutió *Sobre la Genealogía de la Moral y Ecce Homo*. Los miembros presentes comentaron las similitudes entre las ideas de ambos pensadores. En la primera reunión Paul Federn exclamó que *Nietzsche ha devenido tan cercano a nuestros puntos de vista que solamente podemos preguntar en qué parte no es así* (Lehrer, 1996. p. X)². Otto Rank, haciendo eco de los pensamientos de Freud sobre el conocimiento de sí mismo que demostraba Nietzsche, puntualizó cómo éste exploraba su propia persona y no el mundo externo, como hacían otros filósofos.

En 1908, en *La moral sexual civilizada y la moderna enfermedad nerviosa*, Freud escribía a la manera nietzscheana. En *Civilización y sus descontentos* habla de *naturalezas más débiles y naturalezas más fuertes, de sublimación y la relación entre civilización y la supresión de los instintos, incluyendo inclinaciones agresivas y vengativas* (SE, 21, pp. 1-2).

2 En esta y las siguientes referencias del texto de Lehrer la traducción es mía.

Muchos de los conceptos psicoanalíticos fueron anticipados por Nietzsche, fundamentalmente el concepto de lo inconsciente: “La insondable oscuridad del ser”, donde pernoctan fuerzas instintivas a las cuales también dio el nombre de pulsiones (Trieb). La gran diferencia estriba en que para Freud sólo hay dos pulsiones (Eros y Tánatos), mientras que para Nietzsche las pulsiones son innumerables. Estas se imponen unas a las otras; las pulsiones más fuertes se imponen a las más débiles, siendo las primeras las que aparecen en la consciencia. Freud creó el concepto de “compromiso” por el cual dos fuerzas antagónicas dan lugar —se podría decir— a una tercera que representa a las dos primeras, dando así satisfacción a ambas. Lehrer (1996) acotará:

Uno puede rebuscar dentro de las filas de los más ardientes admiradores de Freud y encontrar reconocimientos de la anticipación de Nietzsche a algunos aspectos del pensamiento de Freud; por ejemplo Ernest Jones (1953-57) nota “una remarkable correspondencia entre la concepción freudiana del Super-ego y la exposición nietzscheana del origen de ‘la mala conciencia’... Didier Anzieu (1986) en “Freud’s Self-Analysis” ofrece un —lejos de completo— sumario de la anticipación nietzscheana a los conceptos psicoanalíticos: Fue Nietzsche quien inventó el término Das Es (El Ello). Tenía alguna comprensión de lo que Freud llamó el punto de vista económico (dentro de su metapsicología) lo que comprendía la descarga y transferencia de energía de un instinto a otro. Pero, Nietzsche creía que la agresión y la auto-destrucción eran más fuertes que la sexualidad. En varias ocasiones usó la palabra “sublimación” (aplicándola a ambas: los instintos agresivos y sexuales). Describió la Represión, pero la llamó Inhibición; habló del Super-Yo y de los sentimientos de culpa, pero los llamó Resentimiento, Mala Consciencia y Falsa Moralidad. Nietzsche también describió, sin darles un nombre, el retorno de los impulsos contra uno mismo, la imagen paterna, la imagen materna y el renunciamiento impuesto por la civilización sobre la gratificación de nuestros instintos. El Super-Hombre era el individuo que triunfaba en trascender este conflicto entre los valores establecidos y sus urgencias instintivas, logrando así una mayor libertad interior y estableciendo así su propia moralidad —personal— y escala de valores; en otras palabras Nietzsche se anticipó o vaticinó lo que es uno de los mayores fines del tratamiento psicoanalítico. (p. 3)

Freud decía, aparentemente, que una de las razones para no leer a Nietzsche con mayor detenimiento era porque no quería dejarse influenciar por la curiosidad que sentía al escuchar tantas opiniones acerca de la similitud de las ideas de ambos. No quería prejuiciarse. Sin embargo, Lehrer nos cuenta que:

...el 1º de Febrero de 1900, Freud le escribe a Fliess: “He adquirido a Nietzsche en quien espero encontrar palabras que permanecen mudas en mí, pero no he abierto el libro aún”... (Lo que nos dice Freud) delata que lo toma en cuenta y lo explora... (Carlo Strenger dirá que) los momentos más sentidos del análisis son aquellos en los que el paciente experimenta una fusión entre un doloroso mutismo y las palabras que él nunca pudo encontrar (p. 5)

Hay una serie de contactos científicos entre ambos pensadores. Hubo una conferencia y discusión sobre Nietzsche co-dirigida por Adler y Paneth. Lehrer lo cuenta así:

En una carta a su amigo Eduard Silberstein Freud se refiere a algunos pasajes de los ensayos de Nietzsche y se refiere a una conocida de Silberstein nombrándola como una “tentadora dionisiaca”, una frase fácilmente asociada con Nietzsche... Hay poca duda de que después de retornar a Viena, Paneth habría hablado con Freud acerca de sus discusiones e impresiones con Nietzsche en términos muy entusiastas. Godde escribe sobre Paneth como la persona que interpretaba a Nietzsche para Freud. Sigfried Mandel sugiere que Paneth y Nietzsche estaban “secuestrados” en el inconsciente de Freud y que no reconocidas en el análisis de Freud de su famoso sueño “Non Vixit”, estaban “las influencias nietzscheanas claramente derivadas de las ideas de Paneth sobre Nietzsche —que pusieron a Freud a la defensiva” (pp. 10-11).

Muchas conversaciones se llevaron a cabo en Bergasse 19, donde Freud se había mudado en 1891 y muchas de ellas tenían que ver con Nietzsche y sus ideas. En cuanto al período de los 70's del siglo XIX, cuando Freud estaba en su veintena, el libro que tenía mayor influencia en Adler y sus amigos era *El Origen de la Tragedia* (primer libro de Nietzsche).

Tanto para Freud como para Nietzsche el recordar y olvidar fueron conceptos muy valiosos. Nietzsche nos habla de “un guardián” que vigila atentamente entre ambas áreas de nuestra mente, mientras que Freud se refiere más específicamente a este concepto en relación con lo que llamó “la censura” en la producción de los sueños, en *La Interpretación de los sueños* de 1900. Hay una gran similitud entre las ideas de ambos en lo que respecta a los sueños. Tanto para el uno como para el otro, los sueños son producto de la actividad inconsciente de la mente, expresiones de las pulsiones que se agitan constantemente en esta área de nuestro ser. Para ambos estos factores se entremezclan con lo que los sentidos pueda captar mientras uno duerme. Pero si para Nietzsche esto

siempre es así, no es el caso de Freud, en quien el factor externo no es imprescindible en la producción de los sueños. En ambos también el factor del pasado remoto juega un gran rol, pero mientras para Freud son imprescindibles los factores de la infancia, para Nietzsche tienen una mayor incidencia los factores de nuestro pasado remoto como seres humanos. Nietzsche incide en los sueños en su primera obra (*El Origen de la Tragedia*) y los relaciona con los mitos griegos. Nos dice Lehrer que:

En lo que se refiere a las expresiones en los sueños, Nietzsche en su obra "Humano, demasiado Humano" de 1878-80 expresa que "de lo que no sabemos o sentimos con precisión mientras estamos despiertos...el sueño nos informa de ello sin ninguna ambigüedad (II,1, p. 76)" y que "en los sueños no hay nada que sea superfluo o no tenga importancia (Origen de la Tragedia, 1872, sec.1)". Freud en La Interpretación de los Sueños de 1900 escribe que "los más triviales elementos de un sueño son indispensables para su interpretación" (SE, vol. 5. p. 513)...Son un buen número de autores los que nos manifiestan que los sueños nos dicen siempre la verdad, que no mienten y en ese sentido debemos prestarles toda la debida atención. En lo que se refiere a los conceptos de condensación y desplazamiento (SE, v.4. p. 306) pueden tomarse como referencia lo que dice Nietzsche en "Humano, demasiado Humano": "el sueño continuamente confunde una cosa con otra sobre la base de sus similitudes" (HDH, sec. I. p. 12)... Esto suena como un pasaje de Haffner —citado por Freud— en el sentido que "el espíritu humano es conducido erróneamente en los sueños en su aplicación de las leyes del conocimiento y de la voluntad a través de confundir una idea con otra" (Freud, SE. v.4. p. 52).

Nietzsche se refiere al sueño como la expresión de una pieza de la humanidad primitiva y como una relajación del cerebro de las demandas extremas impuestas por nuestra cultura durante el día (HDH, sec.I. p.13). Como Freud, el filósofo también pensaba que lo que determina el sueño es el impulso/deseo que no ha sido satisfecho durante el día; pero —nos aclara Lehrer— Nietzsche decía "alimentado". Después de 1878 y de la publicación del primer volumen de *Humano, Demasiado Humano* tuvo una idea más clara sobre nuestros sueños: expresan personales y específicos pensamientos, sentimientos y deseos que no conocemos o sentimos con precisión cuando estamos despiertos. Nietzsche especificará: *tales abominables deseos como los de desear sexualmente a nuestros padres (Daybreak, 1881, p. 128).*

Se puede afirmar —sin temor a equivocarnos— que Nietzsche ejerció una gran influencia en Freud, pero ambos eligieron rutas diferentes para acercarse a los mismos tópicos. No se puede decir que Freud se basó en los escritos de Nietzsche para desarrollar su teoría del psicoanálisis. Freud armó una estructura diferente, impulsado desde siempre por sus convicciones y afanes científicos. Su mayor creación es su metapsicología, sobre cuya base organizó un método de tratamiento de las afecciones mentales que tuvo un carácter muy particular; un carácter *sui generis* que fue una gran novedad en el siglo XX. Por su parte, Nietzsche fue muy influenciado por sus estudios básicos en filología antigua y su interés no fue la de crear un método de tratamiento, aunque de alguna manera sí lo tuvo en mente y la idea del Superhombre fue una de sus principales líneas directrices de pensamiento: la superación moral y espiritual del ser humano por obra de su propia determinación, voluntad y coraje.

Lehrer nos revela: *Sabemos que nobles, distinguidos líderes y conquistadores en sus dominios, eran importantes figuras paternas y modelos de roles para Freud... al final de su vida, Freud escribió de Nietzsche: "En mi juventud él fue una figura remota y noble (o distante y distinguida) para mí"* (p. 11).

Sobre si Nietzsche fue la sombra de Freud, me inclinaría a pensar que no. Ambos estilos son completamente diferentes, ya que mientras uno deambulaba por el terreno de la filosofía (Nietzsche) el otro lo hacía por el de la ciencia natural (Freud). Aparte de algunos puntos en que ambos coincidieron en sus ideas, la obra en su totalidad es exclusividad de cada uno.

Referencias bibliográficas

- Halévy, D. (1943). *Vida de Nietzsche*. Buenos Aires: El Arcón de Emecé. (2000).
- Lehrer, R. (1996). The relation Freud-Nietzsche: Some Preliminary Considerations. En: *The Psychoanal. Rev.* (83, pp. 363-394).
- Nietzsche, F. W. (1872). *El Nacimiento de la Tragedia o Grecia y el Pesimismo*. España: Alianza editorial (2012).
- _____. (1878-80). Humano, Demasiado Humano. En: *Obras Inmortales* (vol. 4, 1489-1854). Barcelona: Edicomunicación. S.A. (2000).
- _____. (1881). *Daybreak. Thoughts on the Prejudices of Morality*. New York: Cambridge Univ. Press. R.J. Hollingdale, trans. (1982).
- _____. (1883-85). Así habló Zaratustra. En: *Obras Inmortales*. (tomo II). Barcelona: Edicomunicación. S.A. (2000).
- _____. (1888). *Ecce Homo*. Madrid: Mestas eds. Clásicos Universales. (2008).
- Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En: *Obras completas*. (S.E. vols.4-5). Londres: Hogarth Press (1961-1964).

- _____.(1927-31). El porvenir de una ilusión. En: *Obras completas*. (S.E. vol. 21). Londres: Hogarth Press (1961-64).
- _____.(1930). La civilización y sus descontentos. En: *Obras completas*. (S.E. vol. 21). Londres: Hogarth Press (1961-64).
- Safranski, R. (2001). *Nietzsche. Biografía de su Pensamiento*. Barcelona: Fábula. Tusquets eds.

Resumen

El texto indaga sobre la naturaleza de la relación entre Freud y Nietzsche, la influencia que puede haber habido entre ellos, especialmente la de Nietzsche sobre Freud. Se ahonda en la vida y obra del filósofo. Desde los inicios del psicoanálisis varios de los primeros acompañantes de Freud se interesaron en las ideas de Nietzsche y en más de una de las “wednesday meetings” se discutieron temas y obras de la producción nietzscheana. Asimismo, en las reuniones de la Viena Psychoanalytic Society, se analizaba y comparaba algunas obras de Nietzsche con la teoría psicoanalítica, rescatando el hecho de que exploraba su propia persona más que al mundo externo. El autor postula que en *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna* (1908) y en *El malestar en la cultura* (1930) Freud escribe a la manera nietzscheana. Muchos de los conceptos psicoanalíticos fueron anticipados por el filósofo, quien era doce años mayor que Freud. Para ambos el recordar y el olvidar fueron conceptos muy valiosos. Nietzsche habla de “un guardián” que vigila atentamente las áreas de nuestra mente. Para ambos los sueños son producto de la actividad inconsciente de la mente y expresiones de las pulsiones que se entremezclan con lo que los sentidos captan mientras se duerme. Para Freud son imprescindibles los factores de la infancia, y para Nietzsche tiene una mayor incidencia nuestro pasado remoto como seres humanos.

Palabras clave: Desengaño, filosofía, música, narcisismo, vida

Summary

This work explores the nature of the relationship between Freud and Nietzsche, the mutual influence between them but mostly that of Nietzsche on Freud. It delves into the life and work of the philosopher. Since the begininings of pschoanalysis, several of the early companions of Freud became interested in the ideas of Nietzsche, and in more than one “Wednesday meetings” they discussed nietzschean topics and works. Also at the meetings of the Vienna Psychoanalytical Society some of the writings of Nietzsche were analyzed and compared with the psychoanalytical theories, rescuing the fact that he explored his own person rather than the outside world. The author postulates that in *The “cultural” sexual morality and the modern nervousness* (1908) and in *Civilization and its discontents*(1930) Freud writes in Nietzschean fashion. Many of

the psychoanalytic concepts were anticipated by the philosopher, who was twelve years older than Freud. For both remembering and forgetting were valuable concepts. Nietzsche speaks of a “guardian” that closely monitors areas of our mind. For both dreams are a product of unconscious mind activity and expression of drives that are intertwined with what the senses pick up while sleeping. For Freud childhood factors are essential, and our remote past as human beings has a major relevance for Nietzsche.

Key words: Disillusion, philosophy, music, narcissism, life